

# EUROPA DE HOY: UNA NUEVA ENCRUCIJADA

*Mario Duvauchelle Rodríguez*  
*Capitán de Navío JT*

Para quienes han tenido oportunidad de conocer Europa occidental resulta más allá de toda duda advertir una curiosa e indefinible sensación de unidad en la diversidad, no obstante sus distintas lenguas, costumbres y hábitos nacionales. Desde luego, ello puede ser reconocido en paisajes, que ignoran toda frontera política. Así, los Estados que integran la Península Ibérica no resultan diferenciados entre sí desde el punto de vista geográfico. La Normandía, Artois y Picardía, al unirse inadvertidamente a Flandes, sugieren una misma tierra. Los Alpes, pese a formar parte de Francia, Italia, Austria, Suiza y Alemania, constituyen un solo sistema orográfico de la Europa central, impasible y majestuoso, indiferente a las correspondientes banderas, policías y barreras aduaneras de dichos países

Pero no es sólo el entorno geográfico el que tiene un lenguaje común. Desde teatros, museos, como el del Prado, del Louvre, el Vaticano, el Rijksmuseum, la National Gallery y el Natural History Museum, y tantos otros surgen también apreciaciones similares. Allí departen obras de escritores, filósofos, pintores y músicos, como Cervantes, Shakespeare, Molière, Beethoven, Mozart, Miguel Angel, Rembrandt, Rubens, Reinols, los impresionistas y tantos otros que constituyen expresiones típicas de una misma cultura. Ello es particularmente notorio frente a la presencia —en los mismos lugares— de obras de otros pensadores y artistas, que no obstante su importancia y belleza nos traen otras voces, ajenas a las expresiones culturales de aquello que se advierte como lo europeo.

También surge igual sensación en los palacios, puentes y diversas obras arquitectónicas y monumentos que vemos en Londres, Florencia, Roma y Paris, Madrid, Lisboa y tantas otras ciudades europeas. Y en medio de todo ello está la presencia del río interminable de turistas de distintos Estados de Europa, que por encima de sus idiomas nacionales y distintos hábitos de vida, son claramente distinguibles del resto de visitantes provenientes de múltiples partes del mundo.

Ciertamente, subsiste entonces un común denominador que permite hablar de una cultura europea occidental, pese al quiebre religioso de la Reforma, la diversidad de naciones que hoy la componen, los distintos idiomas y dialectos que allí se hablan o, incluso, sus diferentes ingresos *per capita*, que en 1978 iban de 2.020 dólares en Portugal, a 12.100 en Suiza. Así, por ejemplo, detrás de la impavidez británica, la cortesía francesa, la impredecibilidad alemana, la ductibilidad italiana o la cautela de los países Bajos, se advierten —ciertamente— distintos rasgos comunes, que integran lo que se conoce como el europeo de hoy día. Este ha aprendido a no precipitarse por nada. Su opción la funda primero en esperar y ver. Luego, disfruta de la complejidad de las cosas. También busca todos sus matices: el lado malo de lo que se le presenta como bueno y el bueno de lo que aparece malo. Generalmente, cree que el porvenir no será tan espantoso como lo anuncian. Sin embargo, está cierto, también, que aquél nunca resultará tan maravilloso como se espera. Es sagaz, por lo que advierte que muchas veces sus errores son el fruto de su propia habilidad. Ha aprendido al precio de incontables millones de muertos en guerras, revoluciones, hambrunas, plagas, matanzas y saqueos. Su experiencia ha resultado enriquecida con incontables engaños y experimentos ideológicos; algunos enloquecidos. Su

sabiduría se ha beneficiado con logros extraordinarios en el mundo del pensamiento y de las artes, con avances increíbles en el orden de las invenciones técnicas.

\* \* \*



PICCADILLY CIRCUS, LONDRES

Los actuales Estados de Europa occidental han debido afrontar múltiples y gigantescos cambios respecto de aquella época en que la mayor parte de ellos eran sede de grandes imperios mundiales. Basta contemplar v.gr., los museos navales de Madrid, Lisboa y Londres, para apreciar el impacto que sus testimonios arrojan para aquellos que los visitan.

Hoy día, salvo pequeños enclaves, las antiguas colonias europeas son Estados independientes en las Américas, Africa y Oceanía. Incluso uno de ellos —los Estados Unidos de América— se ha transformado en una de las potencias mundiales que encabeza la mayor disputa político-ideológica que ha enfrentado la Humanidad.

El simple observador de tales realidades puede advertir que a los países de Europa Occidental, tales cambios no le han sido indiferentes. En efecto, no obstante los intrincados problemas de todo orden que significaron para los Estados emergentes sus respectivos procesos de independencia, los efectos que, a su vez, generaron para los antiguos países imperiales fueron dramáticos. Y en ellos no están sólo los perjuicios mediatos e inmediatos que afectaron a sus economías. Están, de una manera especial, lo que algunos han llegado a plantear como verdaderas crisis de identidad de las ex metrópolis, que debieron replantear sus propios esquemas de supervivencia.

A los hechos antes señalados deben agregarse los efectos del proceso de envejecimiento propio de toda sociedad, el que ha ido mellando valores y conductas morales que en su época no eran transables. Así se advierte, por ejemplo, cómo principios

consustanciales con su cultura cristiana originaria tienden a licuarse en no pequeños sectores de la Europa occidental de hoy día. Ello permite entender aspectos tales como la legalización de la pornografía y de la homosexualidad o la aceptación de un neutralismo político capaz de pagar cualquier precio.

\* \* \*

Sin embargo, resulta asaz difícil aceptar el agotamiento de una cultura que, siendo en su base el origen de la del hombre occidental, contiene aún múltiples elementos positivos. Desde luego, subsisten incontables hogares europeos no contaminados, que reflejan una típica alegría de vivir. Detrás de la penumbra velada de sus catedrales y pequeñas iglesias permanece viva la fe de quienes las construyeron. Sus teatros nos recuerdan a los más grandes dramaturgos y pensadores de la historia. Sus museos atesoran obras difícilmente sobrepasables en la gran aventura humana. Y por encima de todo, el faro espiritual de líderes religiosos como Juan Pablo II continúa arrojando su luz, invitando a no transar con aquello que destruye la naturaleza humana.

Sin embargo, Europa occidental aparece en gravísimo peligro. No ha sido la primera vez. Sólo en este siglo, en dos oportunidades, y entre las que no median 30 años, han debido los Estados Unidos de América ir a su rescate por conflictos iniciados en el corazón de Europa, debiendo pagar un alto precio en vidas y dinero. Podría ser, sin embargo, la última vez, porque la crisis que la amenaza es la más grave de todas. Ella incide en lo que he llamado la licuación de valores humanos que son consustanciales con su razón de ser cultural. También, en su propio deseo de subsistencia como sociedad, al tener que definirse en un conflicto mundial que no le es ajeno, pese a las voces de aquella potencia que le susurra que más vale ser rojo que muerto. En efecto, como lo señalan Phillip A. Petersen y John G. Hines en *El poder militar en la estrategia soviética contra la OTAN*, si bien es cierto que el objetivo principal del Plan Estratégico Soviético lo constituyen Norteamérica, los accesos económicos al Tercer Mundo y la ayuda a movimientos subversivos en zonas de importancia como América Central, tal plan exige, también, la "finlandización" de Europa.

De los complejos factores antes señalados, resulta que aquella enfrenta ahora un desafío gigantesco, que requiere de la viva percepción que allí está el hogar donde nacieron las ideas y las esperanzas de Occidente. De la convicción que a su destrucción seguirá el



TORRE EIFFEL, PARIS

reparto del espléndido botín de sus riquezas, espacios físicos y millones de habitantes. Tal desafío sólo puede ser abordado mediante una actitud moral que refleje una voluntad común, que le vuelva a dar un orgullo y una razón vital de subsistencia, capaz de evitar aquel colapso a que la lleva su actual decadencia.

\* \* \*

Con todo, las actuales posibilidades de subsistencia de Europa occidental —en el contorno mundial en que se desarrolla, y dividida en pequeños Estados— aparecen extraordinariamente disminuidas. Lo anterior, sin considerar el hecho que sus propios recelos y odiosidades históricas juegan, también, en su contra. Desde luego, parece extremadamente difícil para Inglaterra, que según Lord Parmeston "no tiene amigos eternos ni eternos enemigos, sino sólo eternos intereses". Sin embargo, como señalara Lord D'Abernon; "nunca trabaja mejor la mente de un inglés que cuando es demasiado tarde".

En cuanto a Alemania, todavía es —como lo dijera Madame de Staël— "el corazón de Europa". Luego del mayor esfuerzo ha vuelto a llegar a la cumbre, después de ser derrotada y mutilada de sus más fértiles territorios del Este y de más de 16 millones de habitantes. Los alemanes saben, también, que serían los primeros en hacer frente a una ofensiva, proveniente del Este, en masa y por sorpresa, en su sector. Estarían, en lo fundamental y al comienzo, solos, con la única esperanza que el resto de Europa y sus aliados planifiquen una encarnizada resistencia y un pronto contraataque.

Respecto de Francia, ya el agudo juicio de De Gaulle había sostenido que "no se puede reunir de buenas a primeras a un país que cuenta con 265 especialidades de queso", queriendo significar con ello la pasión nacional francesa por disentir. Sin embargo, no es menos cierto que, como señalara René Chateaubriand, bajo la amenaza de un peligro común "los franceses acuden instintivamente al poder". Aquí cabe recordar que los franceses fueron los más decididos campeones de la unificación europea. Veían en ello, entre otras ventajas, un medio para solucionar la mayoría de los problemas que afrontan sus distintas naciones. Servía, además, para mantener a los soviéticos tras su cortina de hierro y terminaba con repetidas y sangrientas guerras que tanto daño produjeron, entre otros, a la propia Francia. Al mismo tiempo, ampliaba enormemente el mercado para sus productos y servicios. Más aún, el promotor del proyecto de unidad europea fue el francés Jean Monet.



EL VATICANO, ROMA

En cuanto a Italia, si bien es cierto que resulta paradójal explicarse cómo funciona realmente, en la práctica marcha. Como lo señalara el escritor, periodista y político italiano Luigi Barzini, "los italianos piensan que cualquier sacrificio es aceptable si ayuda a que la unificación de Europa avance, aunque sea un imperceptible paso más. Esperan liberarse y liberar a su país de la secular pesadilla italiana: las caóticas condiciones que hacían inevitable la dicotomía entre mentiras públicas y verdades privadas".

En cuanto a los holandeses y belgas, ellos se han contado entre los más entusiastas e impacientes campeones de cualquier sistema europeo de integración económica y política que se pudiera llevar

a cabo con realismo. Así, desde el comienzo, Paul Henry Spak, ministro de Relaciones Exteriores belga, y J.V. Beyes, ministro holandés de igual cartera, hicieron de sus países ardientes y fervorosos apóstoles en la materia.

En cuanto a España y Portugal, su regreso al Mercado Común es un signo más de unidad. Es también el término de una concepción moderna absurda, luego del Imperio europeo construido por Carlos V de España: Europa empieza en los Pirineos".

\* \* \*

Lo dicho respecto de los países de Europa occidental, que han sido citados por vía de ejemplo, no es sino la constatación del viejo sueño de la unidad europea, que viene desde la lejana Edad Media, asociada a Carlomagno, el fundador del Sacro Imperio Romano. Tal sueño no sólo no aparece muerto sino que surge cada vez más nítido. Carlos de Europa estuvo a punto de materializarlo, Aristides Briand, ministro de Relaciones Exteriores francés, propuso solemnemente la creación de los Estados Unidos de Europa a la Liga de las Naciones, el 5 de septiembre de 1929. Hoy día, en plena vigencia del Mercado Común y del Parlamento europeos, tal ideal es cada vez una realidad más posible. En esta materia, bien vale una reflexión relativa a la fuerza y autoridad que tendría una Europa unida en un solo Estado Federal. Tal estructura política podría prepararla para las turbulentas décadas que vienen, con suficiente presencia respecto de sus propios puntos de vista.



ZURICH, SUIZA

Es evidente que la sola consolidación de la paz y la defensa del Mundo Libre sería un asunto mucho menos arduo si Europa occidental estuviera unida en un solo Estado. Que participe en dicha tarea con las demás naciones que lo integran respetándose mutuamente en sus correspondientes particularidades, combinando sus virtudes y neutralizando sus respectivos defectos. Las responsabilidades compartidas, ciertamente, reintegrarían a Europa su orgullo y le darían un nuevo sentido a su común herencia cultural y a la necesidad de defenderla. El conocimiento de que Europa debe unificarse debería retardar su declinación. Consolidaría su seguridad y reduciría la inmensa inquietud social que ha acumulado. Así, ¿podrían los mineros del carbón británicos, los trabajadores de la industria pesada francesa o los obreros italianos, acudir con tanta frecuencia y facilidad a prolongadas huelgas, si estuvieran conscientes que debilitan y ponen en peligro su propia existencia como Estado? ¿Sería posible —para terminar con los ejemplos— que valones y flamencos, españoles y franceses pudieran continuar alimentando sus mutuos recelos, si defienden la misma patria?

Para llevar a cabo todo ello, Europa occidental debería generar una voluntad común, firmemente asentada en los valores morales que constituyen su acervo histórico. Hablar, luego, con una sola y serena voz. Tener una lúcida idea de su identidad y de sus metas. Olvidar sus trivialidades e inútiles rivalidades. Adoptar una sola moneda. Asentar un formidable aparato defensivo, que evite su "finlandización".

El resultado de todo ello no sólo daría trascendencia a la existencia de aquella Europa unificada, sino que contribuiría, decisivamente, a la subsistencia y progreso del mundo libre.